

Ernesto Montenegro

## Realismo europeo; idealismo americano



MUCHOS ha desilusionado y a no pocos ha dejado perplejos la actitud de Inglaterra al volver la espalda a la República española, a cambio de un entendimiento momentáneo con Mussolini. Estas protestas resuenan todavía en el propio Hyde Park y en Trafalgar Square, pues el pueblo inglés desahoga sus sentimientos, mientras su Gobierno hace lo que más conviene. Es un distinguo que siempre conviene tener presente al opinar en asuntos internacionales, pues Estado y nacionalidad pueden ir de la mano en las grandes cuestiones y oponerse en los procedimientos. Así entre el gran pueblo alemán y la dictadura nazi; así con el amable y juvenil pueblo italiano, y la actitud militar de que lo reviste el fascismo. Conflictos internos entre los principios y las conveniencias suele verlos en pequeño el publicista en su misma profesión, cuando el director de un diario y su administrador riñen a puerta cerrada ante el peligro de perder avisadores o suscripto-

res a cambio de darse la satisfacción de mantener un principio editorial o dejar sin censura a un colaborador... Inglaterra acaba de abandonar a un amigo por aplacar a un rival.

Pero la actitud de Inglaterra es realmente la norma y no la excepción en la política del Viejo Mundo. Nosotros americanos la condenamos en nuestra incurable ingenuidad; pero con la historia en la mano, y aun con apelar a la historia del momento que se escribe en una colección de diarios del año, encontramos corroborada a cada paso la impresión de que la vieja mentalidad europea y asiática trabaja sin ilusiones, con los ojos bien abiertos y los puños apretados. Han visto tanto ellos y la vida es tan estrecha y urgida en su pedazo de suelo hirviente de humanidad racionada, que el porvenir no puede ofrecerles otra perspectiva que la de un sendero precario entre los despeñaderos de la bancarrota económica o la guerra de exterminio o ambas a la vez.

Cuando en 1911, después de Agadir, el jefe del gobierno francés, Waldeck-Rousseau echa por la borda a su ministro de relaciones exteriores, Delcassé, a la perentoria conminación del Kaiser Guillermo II, aquel estadista debió tener muy presente las consecuencias del «beau geste» de un antecesor suyo en el gobierno —Emile Olivier— quien con el corazón ligero fué a la guerra de 1870 y dejó sembrada la semilla de donde debían brotar otras vegetaciones catastróficas. Por las mismas razones de cautela, el buen sentido pre-

valeció sobre todo orgullo nacional y todo sentimentalismo cuando el coronel francés Marchand recibió orden de retirarse de Fashoda, ante la expedición africana de la omnipotente Inglaterra. Otro tanto vemos hacer al impetuoso Fuhrer cuando el Duce cubre el paso Brenner con tropas italianas a la mera posibilidad de que el Reich quiera coronar el asesinato de Dollfuss con la toma de posesión de Austria. Y ayer no más Inglaterra y los demás europeos, dócilmente imitados por los anglosajones de América, ceden el paso al Japón en China y se tragan con prudencia y compostura las provocaciones del Panay, de Shangai y de Cantón.

Nuestra América únicamente puede permitirse todavía la holgura ya extravagante de tomar de vez en cuando actitudes de un idealismo platónico. Empleamos naturalmente «idealismo» en su acepción corriente y no en su sentido filosófico. El idealismo político de América ha sido una expresión espontánea de su juventud mental, de su escasa experiencia propia, de la generosa abundancia de su suelo; y para decirlo todo de una vez, fué a menudo una de sus flaquezas. Así, por ejemplo, América abrió los brazos a todas las razas de la tierra, y de acuerdo con el concepto hospitalario criollo, las hizo sentirse «como en su propia casa», sin que nuestros bisonos gobiernos pensaran oportunamente que los deberes de la hospitalidad jamás pueden llegar a cohonestar el despojo del patrimonio

debido al nativo del suelo ante la absorción sistemática operada por el absentismo capitalista.

Cualesquiera que sean los defectos del carácter criollo americano, no puede acusársenos de cálculo egoísta. Menos reflexivo y menos experimentado que el europeo, aparecemos precisamente por eso ante ellos como volubles y veleidosos, porque tras obedecer a un primer impulso generoso, reaccionamos violentamente ante el engaño, y el cándido se pone desconfiado. Es por eso también que en la política criolla, el cabecilla de procedencia extranjera le da cien vueltas a sus rivales de cepa autóctona, y los hace asemejarse a niños frente a su histriónica sangre fría.

La realidad es dura y escueta en los viejos países; en los nuestros se pierde en las insondables lejanías, o se esfuma entre las culebrillas de una atmósfera tropical. Muchos observadores extranjeros han notado lo flúido y mudable de nuestro temperamento, por contraste con las formas cristalizadas del Viejo Mundo, donde en el dominio de las ideas, hasta los revolucionarios parecen apoyarse en profundos cimientos de tradición. El Presidente Wilson llega un día a Europa como el emisario de la paz, llevando bajo el brazo sus Catorce Puntos. Y un empedernido realista, Clemenceau, lo recibe con este aparte:

—Este yanqui ha querido dejar atrás a Jesucristo, porque sus mandamientos fueron solo diez... Y en los días que corren entre la recepción triunfal del aliado de América y la firma del tratado de Versalles, Lloyd

George, Clemenceau, Orlando y demás estadistas europeos van sacando concesiones una a una al puritano de la Democracia, al punto de que este campeón de las nacionalidades oprimidas se convierte en el provocador de los más envenenados nacionalismos. Y todo porque el gobernante americano quiso aplicar en el cuerpo vivo de la historia, en los pueblos y razas, las leyes arbitrarias que él había deducido de sus estudios de investigador del pasado.

Otra vez ocurre el proceso contrario, y es América la que llama a un político europeo, don Pedro o Maximiliano, a fin de que infunda un plan de arquitectura política clásica, como vivienda para el cuerpo inquieto y en cierto modo amorfo de las nacionalidades de aquella época. La diferencia es tal, que aun ha podido decirse que nuestras mismas revoluciones son indicaciones favorables de vitalidad política, flujos violentos de opinión. O por lo menos que ellas son las manifestaciones consustanciales del estado de fusión de un país en el proceso hacia las formas definitivamente sólidas —al igual de las convulsiones geológicas— que contrajeron y retorcieron las capas superiores del globo en el período primario de su concreción.

• • •

Lo cual no implica que el idealismo en su acepción cotidiana se halle ausente del Viejo Mundo. Ni siquiera del ambiente político y gubernamental. León

Bourgeois, Briand y Stresseman, junto a Sir Austen Chamberlain, se reúnen para fraguar unos Estados Unidos ideales de Europa. Locarno es el resultado. Rusia misma atestigua la buena fe de esas intenciones. Pero el jefe italiano mira ya a los pactos colectivos con el ojo desconfiado de la Lex Romana (dura ley). Y uno a uno, Stresseman, Briand y Chamberlain, van siendo desplazados por hombres de una visión más corta, pero más neta. El antiguo mundo impone la lección que habla con hierro y sangre a través de los miles de páginas de Plutarco. Los Estados Unidos de Europa mueren nonatos, y sus herederos ab intestato se llaman el Anchluss, el Eje Roma-Berlín-Tokio, y por último el acuerdo Anglo-Italiano... Francés. Es un convenio que huele a Santa Alianza, a coalición de los intereses de la Europa occidental. ¿Contra quién, santo Dios?

Contra el espíritu revolucionario en primer lugar, pero antes y siempre contra el devaneo político, el reformismo aventurero, contra el inconformismo. Es la voz metálica de las realidades inmediatas que se impone al político como al financista y que convierte a las cancillerías en antesalas de la Banca internacional. El estadista europeo que se asegura una permanencia en el poder, es el hombre típico de realismo algo cínico, sin edad, sin ilusiones, sin curiosidad intelectual. Es Disraeli desplazando una y otra vez a Gladstone, Cavour contra Mazzini, Thiers substituyendo a Gambetta en las urnas.

De ahí que en los últimos cien años, o poco más, las ideas de evolución social y política que nacieron en cerebros europeos, por lo común en los desvanes de los barrios populares o bohemios de las capitales europeas, emigraran a América con el fin de encarnar en las flamantes comunidades republicanas del Nuevo Mundo. Pero la disparidad entre la madurez de criterio que engendró sistemas y principios de derecho en la retorta intelectual europea y la materia prima plasmable de América; produjo resultados a veces sorprendentes, a menudo lamentables y siempre adventicios. Como pruebas más estables del idealismo americano en su forma política tenemos la manumisión de los esclavos, el sufragio universal, la comuna autónoma, el federalismo y otras instituciones y formas de gobierno que copiamos de modelos europeos o anticipamos nosotros al incentivo de un tratado filosófico o de un mero panfleto revolucionario de algún pensador europeo y sus discípulos.

Algunas de estas aplicaciones nuestras iban de frente contra realidades inmediatas que ni el más iluso de los hombres podía desconocer y que un político no tenía derecho a ignorar. Pero la constitución mental y espiritual americana está fraguada a base de contrarios, y la aplicación de principios perfectamente lógicos ha solido dar resultados paradójicos. Hemos llegado por este camino a desconfiar de los políticos con muchas letras y escasa experiencia política, pero no por eso dejamos de arrastrarlos a descabelladas aventuras cada

vez que una vigorosa idea europea arraiga entre nosotros.

No debemos olvidar de paso que la guerra de 1914 arrastró a muchos países de América a actos de solidaridad con los Aliados, que nosotros jamás pudimos esperar en reciprocidad de Europa hacia América. Y es igualmente notable que Argentina y Chile, los dos países australes que forman las dos agrupaciones de sangre europea más considerables, fuesen asimismo las que resistiesen mejor esos movimientos irrazonados de simpatía parcial y mantuvieron la neutralidad contra todas las presiones y sollicitaciones interesadas. En nosotros, una Europa transplantada, veía a Europa con ojo afín, con precoz escepticismo y naciente conciencia nacionalista.

La misma lógica despiadada nos lleva a negar la leyenda de que Europa, por un impulso inaudito de liberalismo, ayudó a América en su independenciamiento, cuando lo que realmente sirvió a la libertad política de América fué la rigidez del régimen económico y tributario español. América libre era un mercado libre, ¡y qué mercado para el porvenir! Más que un mercado; era la posibilidad, más bien la certeza de una colonización industrial y financiera de América por los capitales, la experiencia y la energía europeos. Y como siempre el europeo vió y previó justo.

El nacionalismo o el americanismo que comienza su segundo despertar en América, no tiene por eso la mirada exaltada y la voz vibrante del otro que gritó la

independencia política. Es un sentimiento traspasado de amargas preocupaciones y hasta de resentimientos recónditos. Hay en el fondo de eso un idealismo agriado por las comprobaciones de una realidad harto mezquina, como ocurre con el mozo que se descubre engañado por la palabra insinuante del hombre corrido.

Treinta siglos de sangrienta experiencia política han enseñado al fin a Europa a ceder a tiempo y con buena gracia ante una combinación de fuerzas o acontecimientos superiores. Un siglo de experiencia americana mucho menos cruenta, pero acaso más onerosa nos basta ya, al parecer, para alcanzar conclusiones semejantes: que el interés de la seguridad y la supervivencia nacional ha de sobreponerse a todas las promesas empeñadas con los extraños. Es una lección de nacionalismo basada en la biología y en la economía, y como producto de la ciencia nada tiene que ver con el sentimiento.

¿Quién podría, por otra parte, tirar la primera piedra en la encrucijada europea? Nunca fué tan patente como ahora que todo es inestable en los convenios internacionales. Como en el juego, los gobiernos y las cancillerías saben perder con cara amable y vuelven a practicar la táctica de las apuestas cruzadas, de «cubrirse» con una apuesta contraria y de los arreglos precautorios con el rival a espaldas del aliado de hoy.

Y ¡qué vívida lección no se desprende de ello para nuestros países, para nuestra familia continental! ¿Sa-

bremos nosotros atajar a tiempo la formación de esas rivalidades individuales de naciones y los agrupamientos artificiales con vistas a un equilibrio inestable de fuerzas y sin ningún arraigo en la propinquidad cultural o geográfica? ¿Llegaremos a amarrar firmemente ataduras de comunicaciones, de comercio y de trato frecuente entre pueblos, antes de que los rasguños de viejas rencillas se conviertan en el tumor maligno del mañana, en el cáncer incurable que roe a Europa?

Por hoy tenemos frente a nosotros la lección ejemplar, edificante, por así decirlo, de las naciones más cultas y experimentadas del mundo, que lo arriesgan todo a una carta, y entre el foso de la muerte y el de la ruina, tienen la sangre fría de declarar a la vista de los cuatro ases que exhibe en su mano el contendor —marina, ejército, aviación y radio— con una sonrisa imperturbable.

—Por esta vez, paso...